



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.
Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
Director General: José Manuel Lozano Orús

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
Comercializa: Metha. Gestión & Medios, S. L.
Imprime: Impresa Norte, S. L.
Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

LA FIRMA | A pesar de las mejoras macroeconómicas que algunos subrayan, los españoles seguimos sumidos en una situación desesperanzada. Ya no bastan las protestas, tenemos que empezar a construir una alternativa
Por Ana Isabel Elduque

La paz de la penuria



POL

ACABAMOS de estrenar año y los más optimistas, o interesados, están publicitando unos datos macroeconómicos que nos dicen que es el preludio de la añorada recuperación. Pero todo sigue pareciendo que el túnel en el que estamos es realmente un pozo, y apunta al centro de la Tierra. Esperemos que no sea solo el resplandor del núcleo incandescente la luz que algunos ven en su final.

Casi cada día del pasado año nos hemos despertado con malas noticias. Crisis económica, recortes sociales, corrupción y escándalos por doquier y un largo etcétera. Todos los síntomas de una crisis social sin precedentes desde hace mucho. Pero lo peor no es esta grave enfermedad y durísima convalecencia. Lo más crítico es la absoluta falta de alternativa. No está surgiendo nada ni nadie que aporte un hálito de esperanza. No tenemos donde agarrarnos. Somos como naufragos en un océano en calma y, aun sabiendo que nuestro bote no se hunde, no vemos cómo salir del marasmo.

Este es mi gran temor. Que lleguemos a convertirnos en una sociedad resignada e indolente, cuya mayor motivación es acabar el día sin mayores sobresaltos. Sin que haya ocurrido nada que merezca la pena. No sería la primera vez en la historia en que nuestro país cayera en un largo periodo de paz aletargada. Tras algunas décadas de aparente desarrollo, habríamos cambiado la paz de los cementerios por la paz de la penuria.

Hay que hacer algo y rápido. No podemos seguir sentados delante de nuestros televisores recibiendo, cual boxeadores noqueados, golpe tras golpe. No podemos dejar esta herencia envenenada a las próximas generaciones. España necesita cambiar siguiendo recetas diferentes de las que nos impone el pensamiento único. Puede que no seamos una potencia de primer orden,

pero nuestra historia, nuestro entorno y, sobre todo, nuestros hijos nos lo exigen. Desde la universidad, es muy doloroso ver que estamos creando ciudadanos cuya mayor virtud es la docilidad a un sistema que los condena a un futuro muy poco atractivo.

Todos podemos hacer algo. En nuestro puesto de trabajo, los afortunados que lo tenemos, podemos comenzar a cambiar. Una parte importante de lo exigido, porque las recomendaciones que recibimos son solo exigencias disimuladas, viene dada porque no estamos haciendo las cosas con la diligencia que podríamos. Cualquier proceso se complica sobremanera. Los que trabajamos en el sector público sabemos bien lo burócrata e ineficiente que es cualquier procedimiento administrativo. Con la excusa de la participación, hemos elaborado reglamentos y constituido comisiones por doquier. Los permisos exigidos son agobiantes. Dejamos a las pequeñas empresas y organizaciones al albur de unos mercados globalizados en los que no pueden ni competir ni participar. Pretendemos que nuestro sistema educativo se convierta en excelente de forma generalizada en toda actividad y lugar. Seguimos adorando el tótem de las infraestructuras como si fueran capaces de generar riqueza por ellas mismas. No somos capaces de eliminar muchas actividades innecesarias. El evento, la fiesta inaugural sigue siendo un objetivo en sí mismo, sin importar la continuidad. Las organizaciones

«Hay que ir a favor de algo, aunque todavía no sepamos qué es. No hay que tener miedo a crear alternativas, pero no como reacción, sino como propuesta nueva»

tradicionales y las instituciones son objeto de un permanente mercadeo nada edificante, a veces delictivo. Los sistemas de solidaridad están siendo dismantelados y suplidos por caridad. Nos dejamos embaucar con discursos que no nos aportan nada. Hablamos y discutimos del cebo que en cada momento nos colocan delante, sean cuestiones intrascendentes, como el deporte, o delirios políticos.

Se habla de un movimiento ciudadano que no acepta esta situación. Pero sigue sin superar el estatus de movimiento de protesta. No hay ninguna alternativa constructiva, y ya no es tiempo de ir a la contra. Hay que ir a favor de algo, aunque todavía no sepamos qué es. No hay que tener miedo a fomentar alternativas, pero no como reacción, sino como propuesta nueva.

En este nuevo año deberíamos marcarnos un objetivo. Construir una nueva alternativa social que nos ayude a salir de este 'impasse' y nos permita crear un país mejor que podamos transferir a la siguiente generación. Hoy no lo estamos haciendo. Los que proclaman el derecho a decidir deberían darnoslo en muchas más cuestiones que las que nos proponen. Los que defienden la actual legalidad como garantía del mayor periodo de paz y prosperidad deberían tener en cuenta que esa misma ley está llevando a una situación límite a muchos españoles. Los que solo hablan de los logros y de la excelencia de nuestra investigación deberían tener en cuenta que nuestra estructura productiva es de las más ineficientes del mundo desarrollado. Los que se consideran llamados a encabezar la protesta social deberían valorar si realmente no están haciendo solo una impostura más. Solo poco a poco y muchos a muchos podremos reconstruir este país.

Ana Isabel Elduque es decana de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza

HOY, JUEVES 16

Ángel Gorri

VUELVE EL TRASVASE

VUELVE el fantasma del trasvase. Lo hace en vísperas de unas elecciones europeas, pero llega para quedarse ante esas otras tres citas con las urnas en 2015: autonómicas, municipales y generales. Pese a que para Aragón será siempre una amenaza latente y real –lo fue con los socialistas y el plan de Borrell tanto como con los populares y el decreto Aznar–, en estos momentos no parece despuntar entre las inquietudes de los ciudadanos, más preocupados por el paro o las escasas expectativas de mejora y seguros de que no hay dinero para una obra tan faraónica como la que hoy vuelven a defender los Cañete, Cospedal y compañía. Regresa el fantasma del trasvase disfrazado con sus engañosas galas: el doble discurso (se dice en Aragón lo contrario que en Murcia o Valencia) y la discrepancia pactada (el PP nacional regala los oídos a sus fieles y desencantados en el granero de votos levantino, pero deja a Rudi que complazca a sus audiencias con el rechazo). Nada que no hayamos visto, pero con un elemento nuevo y revelador. El PP empieza a percibir necesidades fruto del desgaste de sus políticas económicas y sociales y de la aparición de una competencia electoral inédita, sea UPyD o la escisión de Vox. En esa estrategia de la necesidad, hasta el trasvase parece servirle para intentar tapar vías de agua.

CON DNI

Víctor Orcástegui

Rajoy en Washington

MARIANO Rajoy ha regresado contento de su viaje a Estados Unidos y de su entrevista con Obama. Esta vez no se había anunciado ninguna conjunción astral. Tampoco puso el presidente del Gobierno español los pies sobre la mesa, como hizo Aznar en el rancho de Bush, ni se llevó a parientes disfrazados para la noche de los Walpurgis, como hizo Zapatero en su encuentro con Obama, dejando constancia además en una foto de las dos familias. Todo fue más normal y, como cabía esperar de Rajoy, bastante más aburrido. Aunque quizá, esperemoslo así, también bastante más efectivo para los intereses de España. El objetivo principal de Rajoy era pregonar a los cuatro vientos, en el centro del imperio, que la recuperación de la economía española está en marcha y que el nuestro, en estos momentos, es un país con expectativas de mejora y, por lo tanto, un buen lugar para invertir. Algunos han acusado a Rajoy de pasarse de optimista en las palabras que pronunció

en Washington, porque los problemas de la economía española son todavía enormes –el primero, el paro, como recordó Obama por si no nos habíamos dado cuenta– y los brotes están demasiado verdes. ¿Pero qué se supone que les debería haber dicho Rajoy a los empresarios estadounidenses? ¿Miren ustedes, no se fíen de nosotros, no nos presen demasiado dinero, no compren las acciones de nuestras empresas, no inviertan en proyectos en España, tengan cuidado que todo está fatal? Por supuesto que no. Era el momento para que el presidente del Gobierno español mostrase seguridad en el futuro, hasta un poco exagerada si se quiere, e intentase convencer a los dirigentes políticos y económicos de Estados Unidos de que algo ha cambiado para bien. Esa era la misión obvia de su visita. Ojalá que el presidente español haya conseguido sembrar la idea de que España ya no es motivo de preocupación. Y esa tarea en el ámbito internacional debe continuar. Sorprende, por eso, que Rajoy haya suspendido su aparición en el Foro de Davos, prevista en principio para la semana que viene y en la que también hubiera podido predicar el cambio de rumbo de la economía española. ¿Será que se temía una encerrona como la que le prepararon a Zapatero en 2010?

vorcastegui@heraldo.es